



el cinescopio_

lo bueno, lo malo y lo feo del cine_

miércoles, 29 de febrero de 2012

ENTREVISTA A JULIÁN BALAM



Por Sergio Marcano.

En un país que al menos hasta el momento, nunca demostró un particular afecto por la realización de historias enmarcadas en la mayoría de las vertientes de los géneros cinematográficos. **Julián Balam**, un novel cineasta, se atrevió a transitar la árida ruta de estas narrativas con un proyecto que bebe

a partes iguales del thriller psicológico y de suspenso. Algo no distinto, de los muchos casos de cineastas guerrilla de estas fronteras, no ser porque el proyecto provisionalmente titulado: “**Gaspar Mendoza**”, logro conquistar el financiamiento estatal de “**La Villa del Cine**”, con la efectividad y solidez de su propuesta.

Un hecho notorio y sin duda novedoso bajo este sol tropical, y que, siendo muy esperanzados y positivos, incluso podría hacernos pensar que el cine venezolano esta enfrentando verdaderos vientos de cambios, y hasta tal vez nuevas maneras de entenderse a sí mismo.

Un hecho que nos impulsa a realizar esta entrevista para que todos los lectores interesados conozcan un poco de este apetecible proyecto de factura nacional.

NOTA:

Todas las fotografías son cortesía de Alexis Pérez Luna.

Cuéntanos un poco de qué trata tu ópera prima.



Gaspar Mendoza es un hombre que ha sepultado su pasado como soldado durante la Guerra Federal; ha tratado de forjarse para sí y para su familia un hogar respetable a pesar de lo difícil del contexto que les rodea, lleno de viejas rencillas, alzamientos permanentes y limitaciones materiales extremas. Su hija, María Eugenia, comienza a tener terribles pesadillas

relacionadas con la guerra y esto mantiene en constante tensión a la familia, que no se explica el por qué de los sueños. Atribuyendo las pesadillas a haberse distanciado de la iglesia y de Dios, Mercedes, la madre de la muchacha, impone a Gaspar la necesidad de bautizarla, algo que él ha evitado desde el nacimiento de la niña. Gaspar termina por aceptar y el día del bautizo aparece un misterioso niño que terminará de alterar la “normalidad” de esa casa.



Me gustaría agregar que es una historia clásica, la del hombre que trata de enterrar el pasado pero no lo logra, a pesar de todos sus esfuerzos por redimirse. Una cosa que me interesó desde el principio fue la posibilidad de contar esta historia en un contexto nuestro y además de época, que no es cualquiera sino aquella que correspondió a la última guerra que vivió nuestro país, la

Guerra Federal, una verdadera catástrofe para una Venezuela rural, endeudada y empobrecida, que apenas comenzaba a recuperarse del otro gran seísmo de nuestro siglo XIX, la Guerra de Independencia. Para una historia de suspenso, un período de post-guerra es el escenario perfecto para abordar traumas colectivos e individuales de todo tipo, principalmente aquellos relacionados a la ética, a la vida y a la muerte y al valor que una sociedad determinada le da a estos conceptos. También toca lo ético en cuanto a lo que se hizo y a lo que se dejó de hacer durante la contienda y a las consecuencias de esos actos, que en el caso de esta película, corresponden al terreno de lo sobrenatural.

¿Cuáles serían los referentes audiovisuales que te influyen narrativa y visualmente para hacer la película?



Si mi respuesta fuese muy corta diría títulos; el Drácula, de Coppola, es una de mis favoritas pero otras películas como Los Inocentes, de Jack Clayton, o La Profecía, de Richard Donner, me han inspirado mucho. La cosa es que a mí siempre me han gustado las películas de terror clásicas, como las de la época de oro de la Universal, o las de la Hammer, aquella gran productora

inglesa que se dedicó a rehacer grandes obras como Drácula –con Christopher Lee y Peter Cushing- o La maldición del Hombre Lobo –con Oliver Reed- además de innumerables películas sobre todo de ambientación gótica, algunas con mejores resultados que otras. También recuerdo aquella serie de películas basadas en relatos de Edgar Allan Poe, La tumba de Ligeia, La caída de la Casa Usher, producidas por Roger Corman y protagonizadas por Vincent Price, que tenían la etiqueta del bajo presupuesto pegada en la frente pero eran a la vez eran muy creativas a nivel técnico y estético. Recuerdo haberlas visto todas en el canal 8, en los 80. Pienso que todas aquellas películas tenían una magia particular; un uso ingenioso de los estudios, de la fotografía y la puesta en escena en general, juntando todos los elementos para generar la atmósfera del terror.

En Gaspar Mendoza, la cosa va por ahí, generar atmósferas de inquietud y perturbación, más que de shock ante determinado efecto visual o sonoro. En cierto modo es la esencia del gótico y el espíritu de esta película persigue acercarse a esta esencia, derivada de la

novela gótica con sus espacios característicos –viejos castillos, abadías y cementerios- que logran introducirnos a un mundo de penumbras e incertidumbre. No hay nada más perturbador que extraviar nuestra racionalidad dentro de otra lógica, tratar de encontrarle sentido y de ajustarnos a un mundo desconocido, sentimos un poco como Jonathan Harker cuando llega al castillo del Conde Drácula.

¿Qué nos puedes decir acerca del presupuesto de la película?

El manejar un presupuesto bajo obliga a cada departamento a dar lo mejor de sí en lapsos de tiempo a veces apretados y sin tenerlo todo a la mano; sin embargo, y tratándose de una película de estas características, creo que hemos ido corriendo a la velocidad exigida. Lo que más nos ha retrasado ha sido el clima, pues resulta que ahora en Guarenas hace frío como si fuera la Colonia Tovar, y la lluvia nos ha hecho perder un par de semanas. En cuanto al personal técnico, todos han trabajado con entrega desde el primer día y eso es algo que me llena de orgullo porque no solamente he encontrado camaradería y mucho apoyo, sino que sé los sacrificios que a veces tienen que hacer para darme una o dos horas para tal o cual toma, bajo condiciones que a veces son muy difíciles.

¿Es posible adaptar los conceptos del género a nuestro contexto cultural? Es decir, ¿Es posible hacer suspenso, horror, terror, ciencia ficción, en Venezuela? ¿En Latinoamérica?

Por supuesto que sí. No me cabe la menor duda. Es difícil imaginarse que todavía hoy algunos de nuestros cineastas se resistan a hacer género –aunque afortunadamente esto está cambiando- por considerar que eso va en detrimento de la libertad creativa. Me atrevería a decirte que para hacer una película de cualquier género lo importante es la



conceptualización de la película; si el concepto está claro de entrada sabes lo que puedes y no puedes hacer, aún tratándose de una película de género, terror, policial, de extraterrestres o lo que sea. En el caso de Gaspar, se ha hablado de “película de bajo presupuesto” cuando en realidad lo es parcialmente. Se trata de una película de suspenso, con elementos

de terror y que además es de época. Las implicaciones de esto son, a nivel presupuestario, tremendas. La única forma de mantener una película de estas características como de “bajo presupuesto” es teniendo a la mano una plataforma como la de la Villa del Cine, u otra similar, de otro modo sería demasiado costosa y nadie se tomaría el riesgo de hacerla... ah, y si a eso agregas que el realizador es novel ni hablar. Gaspar es una película relativamente cara para nuestro contexto, pero que se puede hacer con costos controlados porque existe la Villa del Cine.



Para ampliarte un poco mi respuesta sobre género, yo pienso que se trata de una apuesta con grandes posibilidades; lo mismo que leer a un autor que te gusta, o recurrir a un género musical ó literario determinado, cada uno de nosotros responde a discursos diversos pero a la vez conocidos. El género cinematográfico permite a

cualquiera relacionarse de antemano con una película. Es común escuchar en una taquilla de cine a la gente poniéndose de acuerdo sobre qué van a ver ¿Será que vemos una romántica, o de miedo, o de policías... o una venezolana? Es así como de manera cotidiana la gente se relaciona con el cine; desde luego que en su peor lado, el cine de género maneja discursos hipercodificados, que en la mayoría de los casos resultan planos, vacuos y contruidos a base de clichés pero estaríamos negando algo muy concreto –y entrando en discusiones que responden más a un debate sobre la cultura- si no entendiésemos que existen enormes posibilidades de acceso al público. Además, esto no daría la espalda a un cine más personal e incluso experimental. Yo pienso que para todo hay lugar, incluso dentro de algo tan cerrado como el género.

¿Qué determina que el público venezolano responda ante determinada propuesta?



Es difícil decirlo. No creo que exista una fórmula para llevar a la gente a la sala y me atrevería a decir que nuestro público responde a elementos muy dispares; los comentarios de otras personas, la temática de la película, la promoción. A veces lamento que películas venezolanas buenas no tengan la promoción debida y terminen con cuatro gatos yéndolas a

ver o rodando por ahí en DVD pirata. En todo caso, lo que creo es que habría que meterle caña a eso, a la promoción, a “vender” la película para que al menos tenga una oportunidad real y no dependa del factor boca a boca al que me refería con lo de los comentarios de otras personas. Hace falta mejorar ese aspecto.

¿Por qué crees que no se había hecho un largometraje de este género en el país hasta ahora?



Porque nuestro cine está consciente ó inconscientemente muy apegado a lo político y social. Y aunque el cine político y social es necesario, algunas personas piensan, por razones bastante equivocadas, que para hablar de un país hay que hacer propaganda o proyecciones burdas de alguna parte de esa sociedad, pretendiendo “reflejarla”, de manera, por lo general, bastante torcida.

Desde luego, esta es la fórmula perfecta para hacer malas películas, que no interesan porque dan todo por sentado y no permiten al espectador reflexionar sobre sus circunstancias y sobre la complejidad que le rodea. Creo que es una piedra con la que tenemos tropezándonos varias décadas y que se ha agravado con el actual enfrentamiento político. Otra cosa es el viejo concepto del “cine de autor”, un concepto que no es malo por sí mismo pero que le ha hecho mucho daño a algunos de nuestros cineastas y por ende a nuestro cine... de repente es como querer tocar la guitarra como Jimi Hendrix pero sin saber afinarla.